

**EL TEXTO DE GLAS (1764)
Y EL LANZAROTE HISTÓRICO-ARTÍSTICO
DEL SIGLO XVIII**

Juan Sebastián López García

1. INTRODUCCIÓN

Entre las fuentes documentales para el estudio histórico de Canarias se cuenta con los testimonios y libros de distintos autores que por diferentes motivos visitan y recalcan en las islas. Según sus motivaciones enfocarán los escritos que en muchos casos aportan puntos de vista diferentes y complementarios a los propios de los canarios.

Desde el mismo siglo XVI se encuentran los británicos. En esa centuria destaca la figura de Thomas Nichols (1556), relacionado con el comercio del azúcar. Este perfil de viajero comerciante va a perdurar entre los ingleses hasta el siglo XVIII.

2. EL TEXTO DE GEORGE GLAS

En la centuria del Setecientos se produce la visita de otro aventurero comerciante inglés, quien aporta un destacado texto, el libro «Descripción de las Islas Canarias», publicado en 1764. A esta edición príncipe londinense le siguió otra en la misma ciudad del año 1767, póstuma, estructurada en dos tomos, y que introducía la novedad de una pequeña reseña biográfica sobre el autor con las circunstancias de su muerte en la andadura de regreso a Gran Bretaña, acaecida trágicamente por unos bandoleros que servían de marineros en la propia nave.

La edición española de 1976 fue traducida directamente del inglés por Constantino Aznar de Acevedo, redactando además la introducción del libro. La publicación estaba dentro de la línea que había iniciado el Instituto de Estudios Canarios en la Universidad de La Laguna, en «Fontes Rerum Canariarum» o «Colección de Textos y Documentos para la Historia de Canarias», serie que constituyó una notable aportación a la historiografía isleña. El propio Aznar de Acevedo realizó en su introducción un esbozo de la vida de George Glas y sus vínculos con Canarias. Como fuente documental contó con los célebres cuadernos (concretamente el número uno) de Lope Antonio de la Guerra, donde el regidor perpetuo de la isla de Tenerife narró con detalle muchas noticias de la segunda mitad del siglo XVIII. Glas aparece como un aventurero y comerciante que intentó construir una factoría en Mar Pequeña, instalación que además serviría de punto de contacto y cambio con productos de Marruecos.

Para Aznar de Acevedo, Glas se perfila como un personaje de gran preparación en su profesión de marinero, lo que advierte en los datos técnicos náuticos, siempre más detallados que los de otra índole. Este inglés parece que tuvo una primera carrera de médico en la marina, de la que se sabe muy poco, y que ejercería en distintos viajes en la ruta a Guinea, en cuyo trayecto conocería Canarias. De todas maneras, en sus comentarios y observaciones se manifiesta un hombre culto que participa de las teorías de Montesquieu sobre la influencia del aire y el clima en el carácter y temperamento de las personas.

La obra está dividida en tres partes. En la primera trata de la «La Historia del Descubrimiento y Conquista de las Islas Canarias», haciendo constar que es una traducción de un manuscrito español, encontrado en La Palma. El texto al que se refiere es la «Historia de la Conquista de las Siete Islas de Canaria» de Fray Juan de Abreu y Galindo, escrito hacia 1633. La segunda parte se dedica a «una disertación sobre el origen de los antiguos habitantes» y la tercera, la más personal, ya que incluso incluye su nombre como autor: «una Descripción de las Islas Canarias, y una relación de sus usos y costumbres, comercio, etc.», donde aclara «por George Glas».

Será Glas un agudo y profundo observador de variados aspectos de la realidad canaria que ofrece en veinte capítulos y un apéndice. Precisamente lo relativo a Lanzarote y Fuerteventura aparece agrupado en los primeros capítulos, aunque es posible en la mayoría de los casos diferenciar a qué isla se está refiriendo.

2.1.

Comienza la parte específica de la isla con la «Descripción de Lanzarote y las islas próximas deshabitadas». En primer lugar y con referencia a esta isla, hay que indicar que Glas le tributa un trato especial, no sólo porque comience el libro con su descripción, sino por la aportación gráfica que hace. En relación con esto, salvo el mapa general donde aparecen los archipiélagos canario y madeirense con la costa africana, los demás corresponden a la isla lanzaroteña y a detalles de la misma, como El Río y los puertos de Naos y Caballos.

Como quedó dicho, el texto comienza con el capítulo I, dedicado a Lanzarote, de la que hace una breve descripción física:

«Esta isla es muy alta y puede verse desde muy lejos. Al acercarse parece muy negra, rocosa y árida».

Al describir el puerto principal aporta datos técnicos útiles para la navegación:

«El puerto principal se encuentra en la costa sudeste, y se llama Puerto de Naos».

Cita el Castillo de San Gabriel y el puente, pero no da el nombre, posiblemente por considerarlo un dato sin interés:

«En la parte oeste del puerto se levanta un castillo cuadrado, de piedra, y con algunos cañones»

«En una pequeña isla, o gran roca, entre los dos puertos, se levanta dicho castillo, que los defiende a ambos. Esta roca está unida a tierra por un puente por debajo del cual pasan los barcos desde Puerto Naos a Puerto Caballos»

La descripción es muy similar a la que unos años más tarde realiza el ingeniero José Ruiz Cermeño (1771), quien dice: «*Su situación es sobre un islote o peñasco de bastante extensión unido a la isla por medio de una calzada o puente, que no tiene más de un ojo muy pequeño, bajo del cual pasan las lanchas que se comunicaban del Puerto de Naos a Puerto Caballos o del Arrecife*».

Glas cita las dos únicas fortificaciones existentes en ese momento en la isla: ésta de San Gabriel que entonces apenas tenía un siglo, dado que según Rumeu de Armas se construyó en la segunda mitad del siglo XVII (ya edificada en 1686), sustituyendo al viejo castillo de la isleta vecina de El Quemado, y el teguiseño de Santa Bárbara de Guanapay, del que habla en su relato de la Villa.

Detalla algunos puntos del derrotero de la isla como El Río («*no hay castillo alguno ni habitación cerca de este puerto*»), aportando detalles de las condiciones del viento en distintas estaciones. Sólo considera como puertos los de Naos, Caballos, El Río y el Sur, zona de la que dice que es «*un puerto continuo cuando soplan los alisios, pues entonces el mar está allí tranquilo*».

En cuanto a las poblaciones, a Arrecife no la cita como tal:

«En este puerto no hay ciudad ni pueblo, pero sí algunos almacenes, en donde se deposita el maíz preparado para la exportación.

En el lado oeste del castillo hay otro puerto, llamado Puerto de Caballos, y por algunos Arrecife».

En realidad, aporta muy pocos detalles de las poblaciones de la isla y los que da parecen más bien de oídas o referencias mal interpretadas. Así, por ejemplo, es llamativo el que confunda a Teguisse con Rubicón. Este hecho tampoco es aislado en su obra, ya que a la capital gomera la denomina Las Palmas («*La ciudad se llama Villa de Las Palmas, por el número de palmeras que allí crecen*»).

En concreto de Teguisse, alude:

«A unas dos leguas hacia el interior, desde Puerto Naos hacia el noroeste, se encuentra la ciudad de Cayas, o de Rubicón, el principal lugar habitado de la isla, y que anteriormente fue sede de un obispo. Se compone de unas doscientas casas, una iglesia y un convento de frailes; tiene un castillo antiguo, con algunos cañones para su defensa. La mayor parte de las casas tienen aquí un aspecto humilde».

Teguise era, y ya es de sobra conocido, el primer núcleo urbano de la isla y había sucedido a Rubicón desde el mismo siglo XV. Allí, en la población que se asentó al pie de la montaña de Guanapay, estaba todo el aparato de la administración (cabildo, beneficio, escribanía, etc.). Entre las novedades dieciochescas que Glas no conoció estaban el Hospital del Espíritu Santo, fundado en 1774 en virtud del testamento del presbítero D. Agustín Rodríguez Ferrer, y el convento dominico de San Juan de Dios y San Francisco de Paula que se creó en 1726 en las casas que dejó el capitán Don Gaspar Rodríguez de Carrasco, al que tampoco alude. Glas, no obstante, coincide con algunas descripciones posteriores del mismo siglo. Viera y Clavijo también cifra en más de doscientas las casas del núcleo, número que debía ser el correspondiente a las estadísticas de la época (también dice que su templo es «el más hermoso de Canarias»). Por su parte, Varela habla del predominio de «casas terreras» que bien se pueden equiparar a las casas de aspecto humilde que dice Glas. Otros textos (Anónimo, 1776) precisan: «cárcel pública con su capilla», «carnicería pública, y unas cassas que se dize sirvieron en algún tiempo de alóndiga o Pósito».

Nos quedamos con la duda de si Glas estuvo realmente en Teguise o, por el contrario, obtuvo las noticias relativas a la Villa por distintas informaciones. Es difícil pensar que no visitara la entonces capital de la isla, pero por el texto da la impresión que no puso pie en la misma. Llama la atención que con la curiosidad manifiesta en tantas referencias del texto no hable de la célebre «mareta», considerada como uno de los elementos más llamativos de la Villa, incluso, como veremos, no la cita cuando habla del problema del agua en la isla.

Por el contrario a Teguise, Glas dice explícitamente que estuvo en Haría. Esta localidad norteña se perfiló desde el siglo XVI como la segunda en importancia de la isla, en ese sentido baste recordar el tratamiento gráfico que le da Torriani (resaltado en letras mayúsculas). Desde esa centuria ya disponía de curato, el primero en segregarse de la matriz de Teguise y en el siglo XVIII se dice de ella que es «bien arruada» (Viera y Clavijo). Señala Glas de la localidad:

«A unas dos leguas en el interior, y hacia el sur desde la cima del estrecho sendero del risco del Rfo, se halla la ciudad de Haría, la que sigue en tamaño a Cayas. Todos los edificios, excepto la iglesia y tres o cuatro casas particulares, son muy humildes y pobres. Cuando yo estuve allí, era residencia del gobernador, pero el Alcalde Mayor y los funcionarios de la Inquisición vivían en Rubicón».

Ya se vio que cuando habla de Cayas o Rubicón se está refiriendo a Teguise. Del resto de las localidades no dice nada. Hay que tener en cuenta, además, la poca entidad de los núcleos de la isla, que aunque algunos fueran declarados cabeceras parroquiales durante el XVIII, todavía en el siglo XIX

tenían una escasa concentración, tal como se deduce del «Diccionario» de Pascual Madoz: «10 casas arruadas» para Yaiza y «6 casas unidas» para Tinajo.

En otro orden de cosas, describe las islas pequeñas de La Graciosa, La Alegranza, Roque del Este, Roque del Oeste y Santa Clara (sic), narrando el naufragio de un barco inglés en La Alegranza.

2.2.

El capítulo II lo dedica a la descripción de la isla de Fuerteventura. El III incluye los aspectos con los que titula el epígrafe: «Acerca del clima, del tiempo, del suelo y de los productos de las Islas de Lanzarote y Fuerteventura». Califica el clima de «*sumamente saludable*», lo que le lleva a la afirmación de que «*los habitantes viven hasta una edad avanzada*».

Detalla las características del clima y su incidencia en los cultivos:

«Cuando esta lluvia empieza a caer, los indígenas siembran sus granos; y unos catorce o veinte días después de las últimas, a saber, hacia fines de abril, está maduro para la siega».

Entre los productos de las dos islas destaca el trigo, cebada y millo, concretando que de este último se abastece Tenerife y La Palma. También documenta los caldos lanzaroteños, cuyas viñas se habían plantado unos treinta años antes, después del volcán de 1730. La opinión que le merece los vinos de la isla no es favorable, ya que dice que un extranjero no lo distinguiría en su paladar del vinagre, aunque, eso sí, agrega que «*es muy sano*».

La orchilla, que crece en las rocas de la costa, es otra de las obligadas referencias, ya que era un producto muy conocido en los mercados de Londres y a partir del cual se obtenía un «hermoso color púrpura» o se lograba dar brillo a otros colores.

En la fauna de la isla no faltan las referencias a los camellos, que se utilizan para arar, al igual que un par de asnos. Éstos son de tamaño mayor que los de las demás islas y se usan como animal de transporte. Bueyes, ovejas y cerdos, son otras especies que están presentes, según Glas, en la isla. De los productos del mar destaca el cherne, el mero, el picudo (¿la morena?), los mariscos y las lapas. También habla de la escasez de pájaros y aves de caza.

No podía faltar la referencia obligada al problema de la escasez de pozos y manantiales, citando uno medicinal en El Río. En definitiva, concreta que está generalizado el uso del agua de lluvia. En este sentido, no cita la célebre «mareta» de la Villa de Tegüise que tanto llamaba la atención a propios y extraños. La falta de esta referencia, casi obligada para todos los documentos, es otro factor más para pensar que Glas no estuvo en Tegüise.

No se olvida del fenómeno vulcanológico y alude a la erupción del volcán que se produjo hacía unos treinta años, describiendo brevemente los crá-

teres de Lanzarote y aporta algunas curiosidades como que el ruido de uno de ellos se oyó en Tenerife.

2.3.

En el capítulo IV («De los habitantes de Lanzarote y Fuerteventura, sus métodos de vida, maneras y costumbres, etc.»), en general, la estampa de la sociedad que aporta Glas parece ser la propia del siglo XVIII. En esa centuria se acelera el distanciamiento entre un grupo minoritario de terratenientes que superan los efectos de la crisis y los pequeños propietarios y asalariados que se empobrecen. Algunos acontecimientos confirman estos extremos, como el motín de 1718, anterior a la llegada del viajero inglés, que se produce en Teguiise contra la figura del almojarife y motivado al quererse implantar aduanas reales en las islas de señorío, territorio donde estaba el derecho de quintos que recaudaba la administración señorial.

Glas considera que los habitantes de ambas islas son descendientes de los naturales prehispánicos, más los aportes de normandos, otros europeos y moros cautivos. Los describe como altos, fuertes y morenos, calificando a los de Lanzarote como «rudos y toscos».

En el apartado del vestido afirma que siguen la moda española del momento, aunque de *mala forma* describiendo la ropa que llevaba el gobernador durante la visita que le hizo en Haría. En cuanto a los hábitos alimenticios resalta la presencia del gofio, de trigo o cebada, no citando el de millo, el cual se producía en la isla. La leche se tomaba en invierno y el pan era escaso por la particular falta de leña en Lanzarote.

Los oficios más generalizados eran los relacionados con las tareas del campo, con muy poca actividad artesanal, lo que suponía la importación de los enseres de otras islas. Posiblemente esto esté relacionado con su afirmación de que el ajuar doméstico era muy pobre y escaso.

Glas señala la exclusividad del catolicismo, siendo éste un tema que aflora en distintas partes del texto. Habla de la presencia de curas y frailes, mientras no existen monjas. En esto estaba en lo cierto, ya que la isla nunca contó —al igual que Fuerteventura, El Hierro y La Gomera— con ningún monasterio femenino.

Aunque no fue testigo de esta operación en su globalidad, durante el siglo XVIII en la isla se produce la transformación más llamativa de su administración religiosa, con la creación de distintos curatos en Yaiza (Nuestra Señora de los Remedios, 1728), San Bartolomé (San Bartolomé Apóstol, 1796), Tías (Nuestra Señora de la Candelaria, 1796), Tinajo (San Roque, 1796) y Arrecife (San Ginés, 1798), a los que hay que sumar Femés, ya en el siglo XIX (San Marcial, 1818). El Plan Beneficial del Obispo Tavira de 1795 fue básico para esta transformación, en la que hay que considerar que anteriormente sólo se contaba la isla con el Beneficio de Teguiise y los curatos o

ayudas de parroquia de Haría y Yaiza. Por cronología, Glas sólo conoció esta estructura tripartita de Lanzarote.

En cuanto a ciertas costumbres, resalta la apatía del isleño a abandonar su tierra, incluso para realizar un viaje o para mejorar su situación económica. Señala una cierta actitud conformista y lo poco que se necesitaba (*«unos cuantos acres de terreno, una docena de ovejas, un par de asnos y un camello»*) para que en la isla se gozara de un rango superior (*«entre la clase de gente a quien me refiero, consiste en no trabajar o en cabalgar una corta distancia montado en burro, atendido por un sirviente harapiento, en vez de ir a pie»*), dado el ambiente generalizado de miseria. Durante su estancia en Haría se queja de que no lo invitaron a comer al mediodía, aunque sin embargo reconoce que durante la noche la cena *«no sólo fue buena, sino muy elegante, compuesta de diferentes platos»*.

También aparece en el texto el problema de un impuesto adicional para el visitante o extranjero, antecedente de la explotación al turismo, de tal forma que Glas refiere el cambio de valor de las cosas en cuanto a su venta, según sea a un natural o un foráneo: *«Para la gente del país, las vendemos a tal precio; pero para los extranjeros no podemos venderlas por debajo de tal otro. Esto basta para mostrar su poco hospitalaria y brutal disposición»*.

En este capítulo trata algunos aspectos de la arquitectura refiriendo lo siguiente:

«Sus casas están construidas con piedra y cal; las de la gente rica llevan cubiertas de teja en forma de 'S'; pero las de menos categoría tienen techo de paja: muy pocas, incluso las mejores, están construidas en forma de grandes graneros, y divididas en apartamentos por particiones de madera que no llegan hasta la altura de las paredes; por lo que las habitaciones están abiertas por arriba, sin otra cubierta que la de las tejas. Los pisos son, en general, de lajas.»

A Glas le interesan más las construcciones populares que, a fin de cuentas, eran las que predominaban de forma absoluta en la isla. Como además tenemos la duda de que visitara la Villa, es probable que no conociera los ejemplos más destacados de la arquitectura doméstica, donde moraban los miembros adinerados de la sociedad isleña. Diferencia entre los dos tipos de cubierta, la teja como un exponente de un estatus más elevado y la paja, en las más modestas y humildes. En esto Lanzarote no se distingue demasiado del panorama de otras islas. Por ejemplo en El Hierro, la teja casi se reserva para las construcciones religiosas, imperando los «pajeros» como la vivienda más corriente de los campesinos; en Fuerteventura tuvo un uso muy limitado y en Gran Canaria, otro ejemplo, es muy común el hábitat en cuevas, especialmente en los arrabales de Las Palmas y los entornos de Gáldar y Telde. Le llama la atención otro aspecto de nuestras edificaciones, el hecho de presentar ese aspecto de nave que se divide con mamparas o muros que no llegan al techo y de los que aún se conservan varios ejemplos.

2.4.

En el capítulo V de la obra trata «Del gobierno y comercio de Lanzarote y Fuerteventura, etc.». La administración se perfila como la propia de una isla de señorío, con un alcalde mayor en lo civil y un sargento mayor, como gobernador de las armas, en lo militar. Refiere que aunque Lanzarote y Fuerteventura «*son poco estimadas por el gobierno español, de hecho son del más alto valor*». Para la defensa de la isla existe la milicia, dividida en compañías. No se le escapa la referencia de ataques argelinos, citando uno de 1749 y diversas incursiones de ingleses durante las distintas hostilidades entre la corona británica y la española.

Si bien en un primer momento el señor territorial concentraba todos los poderes, tanto como máxima autoridad civil y jefe supremo militar («capitán a guerra»), a los que Glas alude, sin embargo una reorganización de las milicias canarias de 1708 recortó las atribuciones señoriales y la figura militar pasó a depender del capitán general de las Islas Canarias, residente en el siglo XVIII en Tenerife. Ya hemos visto como el viajero inglés visita al delegado insular de la autoridad militar en Haría.

Otros visitantes, como es el caso de Varela y Ulloa, dominan más el tema, sobre todo por su profundo conocimiento de causa. Varela concreta que el cabildo lanzaroteño está presidido por un Alcalde mayor con las facultades de un corregidor y que está formado además por doce regidores. Para las armas está el gobernador militar, que reside en Teguiise —lo especifica bien claro, por lo que la estancia en Haría durante la visita de Glas debe ser circunstancial—, y treinta alcaldes pedáneos en tantas aldeas y pagos.

En cuanto al comercio, las exportaciones de Lanzarote y Fuerteventura a otras islas son el trigo, cebada, millo, ganado, aves y queso, aunque Lanzarote suma además la sal y el pescado salado. Las importaciones proceden de otras islas, especialmente Tenerife, y ningún barco va directamente a Europa. Entre los productos más destacados están: lana inglesa, telas de lino alemán, aguardiente, vino, aceite, fruta, etc. Anota Glas que parte del dinero se lo gastan en pleitos, en los tribunales de Canaria.

2.5.

Casi al final de la obra, en el capítulo XX, trata «Instrucciones para navegar entre las Islas Canarias», volviendo a citar el entorno y la isla de Lanzarote para advertir, en primer lugar, que la costa de Berbería está mal situada en la mayoría de los mapas, causa por la que han ocurrido muchos accidentes. Por su parte, aporta uno correcto. Del mismo modo, siguiendo con estas indicaciones prácticas, no aconseja a las naves que entren en el Puerto de Naos a causa de su estrecha entrada, a excepción de las que conozcan bien este puerto.

3. EL PANORAMA ARTÍSTICO

El ambiente artístico de Lanzarote, en especial el constructivo, está muy relacionado en el siglo XVIII con el carácter propio de una centuria de cambios, sobre todo en lo que será la estructura interna de la isla. Lanzarote tuvo un número amplio de caseríos, que ya eran unos dieciocho en la época de Torriani y se elevaban a treinta alcaldías pedáneas en la segunda mitad de Setecientos. De estos agrupamientos agrícolas, unos pocos se convierten en núcleos parroquiales, recortando el sistema monofocal que presidía Teguiise y poniendo en evidencia la obsolescencia de la administración eclesiástica lanzaroteña. De esta manera, las novedades más importantes en la arquitectura y el arte de la isla se operaron tanto en la vieja capital como en las localidades emergentes, especialmente en las que estrenaron declaraciones parroquiales. Lógicamente, hay una correspondencia entre los lugares más dinámicos y poblados en el territorio insular con los que presentan actividades artísticas, en concreto, arquitectónicas.

Aunque Gias no lo refleje, ya en la isla se está operando esa transformación que en 1798 eleva al título parroquial a la ermita de San Ginés (y ya está en puertas el Bicentenario, del que seguro Arrecife no va a renunciar) que lo sanciona como un núcleo con cierta autonomía, por lo menos religiosa. El lugar era el principal punto comercial y portuario incluso antes de tener importancia como población y sólo estaban «*algunas almacenes*» para guardar el millo que se exportaba. Con el cambio de capitalidad a Arrecife en el siglo XIX se cumplirá la recomendación que varios siglos antes había hecho otro visitante, el ingeniero italiano Leonardo Torriani, quien lo veía idóneo para la cabecera insular.

Durante el siglo XVIII el panorama artístico canario experimenta una notable transformación, tal como se evidencia en edificios de las islas de Gran Canaria y Tenerife. Sin embargo, en Lanzarote se aprecia un mayor continuismo, puesto de manifiesto en la pervivencia de los modos anteriores que siguen imperando en las construcciones de esa centuria. El aire tradicional del modo de construir canario y las carpinterías de raigambre mudéjar imperan durante toda la centuria en las construcciones de nueva planta, sin que se detecten las novedades que trajo el neoclásico y que ya contaban con algunos antecedentes en las iglesias abovedadas del barroco.

Ni cúpulas, ni cubiertas de bóvedas, ni fachadas-pantalla labradas en cantería, van a tener presencia en la arquitectura lanzaroteña del siglo XVIII, ni aún en el XIX, ya que se seguirá dentro de una línea tradicional que informa tanto la arquitectura doméstica como la religiosa. Eso sí, aparecen algunas líneas propias del barroco, pero con una timidez bastante notoria. Habría que pensar en varios motivos, pero posiblemente faltó el ambiente intelectual que tanto en Tenerife como en Gran Canaria fueron los motores del cambio de

gusto artístico. Con todo esto, se manifiesta el diferente cuadro artístico que las islas presentan en el siglo XVIII.

Sean del tipo que sean, las obras acometidas en Lanzarote durante la centuria están bajo el signo de lo tradicional. En primer lugar, se tienen algunas ampliaciones importantes, como las que se llevan a efecto en la entonces ermita de San Marcial en Femés (Yaiza), alargando la nave única, lo que asimismo motivó la reforma del presbiterio. Con estas obras que se realizaron entre 1753 y 1764 y en todo se siguen modelos anteriores, el edificio se preparaba arquitectónicamente para solicitar el título de parroquia. También la ermita de San Roque de Tinajo (parroquia a partir de 1796) se amplía en la década de 1780, manteniendo las mismas constantes tradicionales con sus armaduras de raigambre mudéjar. Sin embargo la ampliación más importante es la que se realiza en la ermita de San Ginés de Arrecife, declarada parroquia en 1798. En este recinto el programa fue algo más ambicioso ya que se aumentó a tres naves, hecho que merece ser comentado, aunque sea brevemente. En efecto, con esa ampliación, el templo se equiparaba arquitectónicamente con la iglesia matriz teguiseña y se ponía en evidencia la importancia que iba adquiriendo Arrecife que comenzaba a emular a la propia capital. Las fórmulas elegidas fueron las tradicionales, con naves que se separan con arcadas de columnas toscanas y cubiertas de madera, dentro de la pura tradición mudejérica. Las obras se inician a la par de la declaración parroquial de 1798, con intervenciones en la nave central, pero se prolongan hasta el siglo XIX (terminación de la nave central, 1802; nave del Evangelio, 1804; nave de la Epístola, 1826 y torre, 1842). Como se ve estos programas dieciochescos y su estética heredada de momentos anteriores perduran hasta fechas avanzadas, poniendo de manifiesto esa constante arcaizante que tanto se repite en Canarias.

Durante el siglo XVIII no fueron frecuentes las fundaciones de nuevos conventos en Canarias, ya que la mayoría se fundaron entre los siglos XVI y XVII. Esto motivó que las obras que se realizan en esta centuria en la arquitectura monástica canaria sean más bien reformas o ampliaciones. Al contrario en Lanzarote, particularmente en Teguiise, se tiene la creación de un nuevo convento masculino, de la orden de los dominicos, que estará dedicado a San Juan de Dios y San Francisco de Paula. El resultado final de su iglesia fue de dos naves, siguiendo los modelos anteriores. La nave principal presenta en su fachada un hastial mixtilíneo, al igual que el remate de su puerta principal, con unas líneas barrocas, muy parecidas al convento franciscano de San Pedro de Alcántara de Santa Cruz de Tenerife, aunque el tinerfeño presenta una portada más compleja con columnas salomónicas. También en el apartado religioso, con carácter benéfico o asistencial, hay que contar con la construcción del Hospital del Espíritu Santo, que además sirvió de cuna de expósitos y que más tarde se fusionó con la Hermandad del Santísimo Sacramento para surgir la Hermandad de Caridad que ampliaba sus actividades a la labor

docente, al carecer la isla de maestros; como se sabe, más tarde el recinto de la iglesia se dedicó a teatro.

Dentro de la misma línea continuista está la arquitectura doméstica con algunos ejemplos destacados que se localizan en las que eran las dos localidades más importantes, la consolidada Teguiise y la emergente Arrecife. En la sociedad de la isla despuntaban algunas familias que iban restando protagonismo a los señores territoriales y que construían sus mansiones, lo mismo en la vieja capital como en el puerto comercial. Así, en la Plaza Principal de la Villa, se construye la conocida Casa Spínola, levantada por D. Tomás Feo y Peraza a mediados del siglo, inmueble de planta baja que con sus soluciones tradicionales cierra uno de los costados de la plaza, presentando una ordenada fachada que está centrada por la puerta principal con recercados y grade-río de entrada en cantería y tres ventanas rectangulares a cada lado, contrastando el enjalbegado de los muros con la cantería de las esquinas y marcos del acceso. También destacan otras construcciones de esa centuria, como la «Casa Torres», Casa Spínola (calle José Betancor, 2), la «Casa Cuartel» con su balcón y la casa Herrera Rojas con sus curiosas iniciales y espirales labradas en la cantería a cada lado de los ángulos superiores de los marcos de su puerta principal. En Arrecife también comienzan a levantarse inmuebles importantes, que continuarán fabricándose en la centuria siguiente. Un ejemplo lo constituye la casa de los Bethencourt, más conocida actualmente por los Arroyo, con su planta en L y su patio con corredor de notables labores de carpintería. Al igual que la teguiseña de los Spínola, cuenta con un pequeño oratorio.

El sistema defensivo canario siempre fue precario y a lo largo del siglo XVIII se emprenden varias construcciones nuevas que se levantaron en distintos puntos costeros con valor estratégico. Así, en Lanzarote, cuyo aparato de defensas se limitaba al antiguo castillo de Santa Bárbara de Guanapay, con posición interior, y el de San Gabriel, ambos citados y descritos brevemente por Glas, se amplía con dos construcciones más. Una al Sur, la zona que el viajero inglés calificó como un continuo puerto —y por tanto fácil para cualquier desembarco amigo o enemigo—, y otro en el Puerto de Naos. El primero es el conocido como Castillo de las Coloradas (plan de fortificaciones de 1741, reformado en 1769), de pequeñas dimensiones y planta circular, mientras el segundo, el Castillo de San José (hacia 1779), es más complejo, ya que con sus funciones estrictamente defensivas incluía un cuartel.

A escala de Canarias, los edificios más significativos que se realizan ponen en evidencia algunos aspectos del Lanzarote del siglo XVIII y su paso al XIX. En primer lugar, que Teguiise sigue siendo un centro activo, con la fábrica de un nuevo convento y hospital, así como viviendas de familias importantes. Pero, al mismo tiempo, se produce la irrupción de Arrecife, confirmando su carácter de puerto principal y núcleo en crecimiento con la cons-

trucción de un nuevo castillo, la ampliación a tres naves de su iglesia y alguna vivienda notable.

4. CONCLUSIÓN

En definitiva, un siglo XVIII lanzaroteño que George Glas conoció a mediados de la centuria, caracterizado por sus contrastes, sus elementos de transición, de continuismo y de cambios. Por una parte, ese Lanzarote que finaliza el siglo XVII con una realidad que no se alejaba demasiado de la situación que dejó dibujada Leonardo Torriani a finales del siglo XVI, tal como se aprecia en el texto del viajero dieciochesco inglés, con una capitalidad estable en Tegüise. Mientras, por otra parte, una isla que se apresta a iniciar un XIX con una cabecera en crisis a la que ya hace sombra su puerto del Arrecife y donde varios núcleos han conseguido algún rasgo de identidad y autonomía gracias a la existencia de parroquias, estructurándose una territorialidad que permanecerá vigente hasta la actualidad. En este sentido, se puede decir que ahí se operan, junto con Fuerteventura, los mayores cambios en la administración de una isla en el archipiélago durante el siglo que estudiamos. La interesante aportación de Glas nos transmite, con sus múltiples aspectos, la visión de una sociedad que vivió esa centuria entre la más arraigada tradición y unos grandes cambios estructurales en el territorio.

5. BIBLIOGRAFÍA

- ABREU Y GALINDO, FRAY JUAN DE (1977): *Historia de la conquista de las Siete Islas Canarias*, edición crítica con Introducción, Notas e Índice por Alejandro Cioranescu, Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife.
- FRAGA GONZÁLEZ, CARMEN (1977): *Arquitectura mudéjar en Canarias*, Aula de Cultura de Tenerife, Cabildo Insular de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife.
- FRAGA GONZÁLEZ, CARMEN (1980): *Arte barroco en Canarias*, Editorial Interinsular, Santa Cruz de Tenerife.
- GALANTE GÓMEZ, FRANCISCO JOSÉ Y ESCUELA PANCHO LASSO (1991): *Lanzarote. Arquitectura religiosa*, 1, Cabildo Insular de Lanzarote, Arrecife.
- GARCÍA PÉREZ, JOSÉ LUIS (1990): «Lanzarote y Fuerteventura en la ruta de los viajeros ingleses», en *II Jornadas de Historia de Lanzarote y Fuerteventura*, tomo I, Cabildo Insular de Lanzarote, Arrecife, pp. 171-184.
- GLAS, GEORGE (1976): *Descripción de las Islas Canarias 1764*, traducción del inglés e introducción por Constantino Aznar de Acevedo, Colección Fontes Rerum Canariarum XX, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna.

- GUERRA Y PEÑA, LOPE ANTONIO DE LA (1951): *Memorias. Tenerife en la segunda mitad del siglo XVIII*, cuaderno I, El Museo Canario, Las Palmas de Gran Canaria.
- HERNÁNDEZ PERERA, JESÚS (1984): «Arte», en *Canarias*, colección «Tierras de España», Fundación Juan March, Noguer, Barcelona.
- LÓPEZ GARCÍA, JUAN SEBASTIÁN (1992): «Arrecife de Lanzarote y la Carta del Restauo de 1972», en *Revista de Ultramar*, número 1, Instituto César Manrique, Centro Asociado de la U.N.E.D., Arrecife, pp. 26-28.
- LÓPEZ GARCÍA, JUAN SEBASTIÁN (1993): *Origen y desarrollo urbano de Tegüise (Lanzarote)*, La Caja de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria.
- LÓPEZ GARCÍA, JUAN SEBASTIÁN (1993): «Núcleos antiguos de Fuerteventura y Lanzarote: análisis histórico, territorial y artístico», en *V Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote*, Cabildo Insular de Fuerteventura, Puerto del Rosario, pp. 308-327.
- LÓPEZ GARCÍA, JUAN SEBASTIÁN (1993): «Aproximación a los núcleos y territorialidad históricos de Lanzarote», en *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 39, Patronato de la Casa de Colón, Madrid-Las Palmas, pp. 611-619.
- LÓPEZ GARCÍA, JUAN SEBASTIÁN (1993): «La Casa de los Coroneles: paradigma en la arquitectura de Fuerteventura», en *Tebeto*, n.º VI, Cabildo Insular de Fuerteventura, Puerto del Rosario, pp. 144-168.
- LÓPEZ GARCÍA, JUAN SEBASTIÁN (en prensa): «Arquitectura del Renacimiento y Barroco», en *Introducción del arte en Canarias. I.*, Centro Atlántico de Arte Moderno, Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- LÓPEZ GARCÍA, JUAN SEBASTIÁN (inédito): «aspectos urbanísticos y arquitectónicos del siglo XVIII», en *El siglo XVIII. La sociedad y las artes*, curso de la Escuela de Verano de Gáldar (1994), Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.
- MANRIQUE, ANTONIO MARÍA (Ed. 1994): *Resumen de la Historia de Lanzarote y Fuerteventura*, facsímil de la edición príncipe de 1889, Cabildos Insulares de Lanzarote y Fuerteventura.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, FERNANDO GABRIEL (1978): *Arquitectura doméstica canaria*, Cabildo Insular de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife.
- RUMEU DE ARMAS, ANTONIO (1991): *Canarias y el Atlántico. Piraterías y ataques navales*, tomo III, Segunda Parte, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, Madrid.
- UNIDAD DE PATRIMONIO HISTÓRICO-ARTÍSTICO, FERNANDO RUIZ GORDILLO (1995): *Casa de los Arroyo (Coronel Armas)*, Cabildo de Lanzarote, Arrecife.

T H E
H I S T O R Y
O F T H E
D I S C O V E R Y and C O N Q U E S T
O F T H E
C A N A R Y I S L A N D S :

Translated from a SPANISH MANUSCRIPT, lately found
in the Island of PALMA.

W I T H A N
E N Q U I R Y into the O R I G I N of the A N C I E N T I N H A B I T A N T S .

To which is added,

A Description of the C A N A R Y I S L A N D S ,

I N C L U D I N G

The M O D E R N H I S T O R Y of the I N H A B I T A N T S ,

And an Account of their M A N N E R S , C U S T O M S , T R A D E , & C .

By G E O R G E G L A S .

L O N D O N ,
Printed for R. and J. DODSLEY, in Pall-mall; and T. DURHAM, in the Strand.
MDCCLXIV.

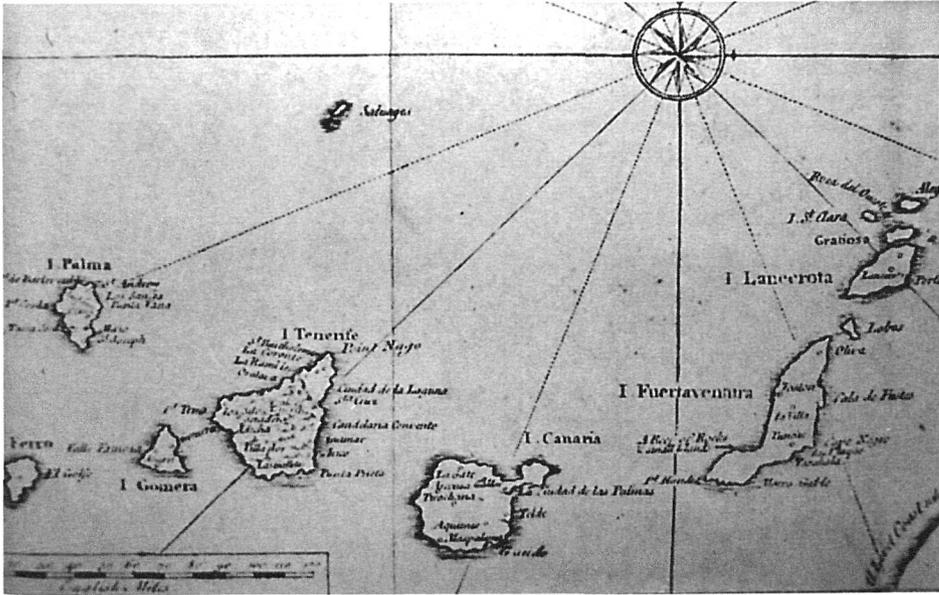


Lámina n.º 2. Mapa de Canarias, ilustración del libro de Glas.

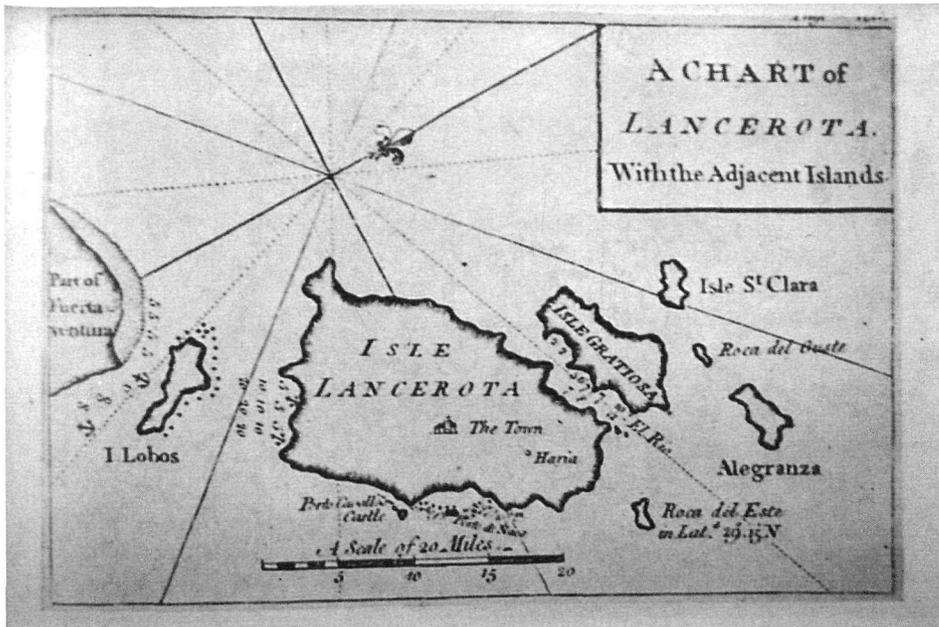


Lámina n.º 3. La isla de Lanzarote y adyacentes, ilustración del libro de Glas.



Lámina n.º 4. Iglesia del convento de San Juan de Dios y San Francisco de Paula (Santo Domingo), Teguise (Lanzarote).



Lámina n.º 5. La Casa de los Arroyo o del Coronel Armas,
Arrecife (Lanzarote).



Lámina n.º 6. Castillo de las Coloradas, Yaiza (Lanzarote).